

adoraban al demonio en él. Pasó la Reyna del mundo por junto á él; y como no ignoraba que allí estaba adorado el demonio, levantó la vista, y le miró; y al punto se ausentó el demonio, y el árbol se humilló á las plantas sagradas de María soberana, y á este mismo punto brotó una fuente cristalina de dicho árbol. Echóle su bendicion la Virgen sacratísima, y volvió á su antiguo estado el árbol, y en adelante mudó de condicion; de manera que sus hojas y fruta sanaban de todo género de enfermedades. Pecador, mira que eres árbol, en quien quizás largo tiempo estuvo adorado el demonio: pídele á María soberana, que te mire con ojos de misericordia: humíllate por la oracion humilde á sus plantas, y luego brotará en tu alma aquella fuente de lágrimas y aguas vivas que saltan para la vida eterna, y mudarás de condicion; y si tus palabras y obras ántes eran de muerte, despues serán de vida: si ántes matabas con tu mal egemplo, despues darás vida con el bueno.

165. Considera lo que dijo Brocardo y el obispo Equilino,\* que caminando nuestra Señora por aquellos arenales en los desiertos de la Tebaida de Egipto, se halló fatigadísima con el calor y con la sed, y como no hallasen árbol ninguno en donde sestar; un dia, fatigada mas que otros, se sentó en un arenal seco y desabrido, desfajó á su Hijo santísimo para secar los pañales del mucho sudor; y teniéndolo en sus faldas, el Niño Dios se inclinó á la arena; y tocándola con un dedo, luego al punto manó una cristalina fuente, donde se refrescó nuestra Señora, y lavó los paños del divino Niño, y de esta fuente salió un arroyo, y regó aquel arenal; y el que ántes solo producía espinos, ahora es un huerto ameno de bálsamo, y la fuente es de tan maravillosa virtud, que cuantos niños llegan á lavarse en ella, aunque sean de los Sarracenos, sanan de todo género de enfermedades. Pídele á esta Reyna, que haga asiento en tu alma; que con eso, aunque ella esté como tierra sin agua para Dios, llegará el Señor con su dedo, y tocándola, manará una fuente de oloroso bálsamo, sin mezcla de otro licor, y con él sanarás.

166. Considera con San Vicente Ferrer,† San Gerónimo, Cromacio y el Abulense, como en la primera ciudad de Egipto, llamada Heliópolis, habia un templo, en donde era el demonio adorado en trescientos y sesenta y cinco ídolos.

\* Quest. 2. cap. 4. lib. 2. cap. 15.

† Serm. in Octav. Innoc.

Entró en este templo nuestra Reyna, y al mismo punto cayeron de sus nichos los ídolos, y se hicieron pedazos. Súpose el suceso; y hubo en la ciudad una grande conmocion, y llorando todos, acudieron al templo. Llegó el príncipe de los sacerdotes, que eran muchos, llamado Afordisio, y le preguntó á nuestra Señora que de dónde venia. Respondió que de la tierra de Palestina. Preguntóle si sabia, ó tenia noticia que una doncella hubiese parido; porque habia una tradicion de Jeremías, que decia, que llegado el tiempo de que una doncella pariese, entónces se habian de arruinar y destruir todos los dioses de Egipto. Dióles razon nuestra Señora; y ellos entónces sacaron una imágen de nuestra Señora, que tenian guardada desde aquel tiempo, y la adoraron con su santísimo Hijo, todos postrados por tierra, y entónces les predicó nuestra Reyna al Dios verdadero y á su Madre, representados en aquella imágen, y se convirtieron muchos, y adoraron á un solo Dios, y á la Madre de Dios, sin entender que ese Dios y esa Madre era la que les predicaba. Piensa el susto que tendria nuestra Señora al principio con el alboroto del pueblo, y como se pondria toda en las manos del Señor, resignada á cuanto le pudiese suceder. Piensa luego el gozo incomparable que tuvo la celestial Madre de ver desterrado al demonio de aquel templo, y adorado el verdadero Dios. Mira tú, cristiano, la que resultó de que nuestra Señora una vez entrase en aquel templo: convídala al templo de tu alma, para que obre en él las mismas maravillas.

167. Considera con San Vicente Ferrer y otros muchos, como acercándose nuestra Señora al gran Cayro, ó Babilonia de Egipto, se le vino á la memoria la pasion bestial de aquellas gentes, entregadas á la lascivia: supo cómo el rey tenia dada orden de que le llevasen á su presencia cualquiera doncella hebrea que viniese, por la fama que tenian de hermosas. Con esta angustia se volvió nuestra Reyna á su santísimo Hijo, y le hizo oracion, diciéndole que la librase, como habia librado en otro tiempo á Sara. Llegó confiada en el Señor á las puertas de la ciudad: viéronla los guardas; y aunque se pasmaron de su hermosura, se sintieron tan compungidos y tocados de devocion los corazones, que la trataron con grande reverencia, y no la quisieron llevar al rey, ó no se atrevieron; mas fueron á darle parte de la maravilla que habia llegado. Mandó entónces el rey que se la lleva-

sen á su presencia. Mira qué humilde, que modesta y compuesta va nuestra Señora, fiada en su Hijo, que le habia de trocar el corazon, como lo hizo con los guardas. Entró á la presencia del rey, el cual se halló tan compungido así que la vió, que la veneró y honró, ofreciéndosele para cuanto valiese, ó le necesitase: y mandó por un edicto, que ninguno fuese osado á hacerle descortesía: así salió nuestra gran Señora en paz de tantos peligros. ¡O cristiano! Mira esta Señora: traela presente siempre á los ojos de tu alma por la consideracion de estos santos misterios, y experimentarás en tu corazon mayores afectos de pureza, de modestia y compuncion, que todos aquellos bárbaros. ¿Cómo se puede descomponer una alma que siempre anda alabando y pensando en esta soberana y purísima Señora?

168. Considera y atiende, cristiano, á una consideracion piadosa que hacen algunos devotos contemplativos en este caso. Habiendo salido nuestra Señora del palacio real, ya con el salvo conducto para estar segura en Egipto, trató de buscar casa, y juntamente limosna para socorrer la necesidad que tenia de comida. Fué con el Santo Josef por muchas calles pidiendo limosna; y por último en una casa salió un criado, y movido de caridad con la presencia de nuestra Señora, le dijo que le esperase en la casa puerta, que estaban comiendo sus amos, y que en acabando, de lo que sobrase la socorreria. Mira á tu Dios y á su Madre sentada en un poyo de aquel zaguan, esperando las sobras de un criado para sustentar la vida. ¡O pasmoso ejemplo! Tragéronle la limosna: mira y atiende la humildad y agradecimiento con que esta gran Señora la recibió. Considera la modestia vergonzosa con que están comiendo los dos mejores esposos del mundo; y cómo despues de haber comido, piden con humildad un poco de agua, y se la traen en un vaso comun, sin aquella limpieza y aliño que se debia á tan gran Señora. Piensa como vueltos al Niño Dios, le dan las gracias por aquel socorro, con tanto agradecimiento, como si les hubiera dado los mayores regalos de la tierra. Piensa cómo aquel Señor, que tenia en su mano todos los regalos del mundo, trata á su Madre despues de tantos trabajos y tan largos caminos. ¡O Dios Eterno, y cómo aquí condenais los descaños, los regalos y deleites humanos!

169. Considera cómo nuestra Señora y el Señor San Josef fueron á buscar casa, y casa pobre, como para pobres, y tan

pobres, que no tenian de presente ni un maravedí para pagarla de antemano y para lo de adelante, solo al sudor de su rostro apelaban y fiaban la paga. Hallaron una casa tan pobre, que como dice Fr. Antonio del Castillo, no halló en toda ella nuestra Señora parte alguna en donde siquiera pudiese reclinar un rato al Niño Dios. Piensa que era una casa limpia de toda comodidad, y llena de toda necesidad: aquí se entró la Reyna del mundo, y muy contenta por tener ya puesto en salvo á su santísimo Hijo, que era su total cuidado; porque de las conveniencias propias ninguno le daba. Aprende de tu Señora á ahorrar de cuidados, y reducir todas tus ansias á conservar á Dios en tu alma, acomodándote por amor á todo trabajo, pobreza y descomodidad.

170. Considera los trabajos de pobreza y necesidad con que nuestra Señora peregrina: vivió por tiempo de siete años entre aquellos bárbaros, y especialmente aquellos primeros años; porque primero que alcanzó para pagar la casa, y comprar aquello muy necesario para vivir en ella, se pasó mucho tiempo. Aquellos primeros dias, ántes de hallar en qué trabajar, vivian de limosna: ¡cuántos se les pasaron en ayunas! ¡cuántos sin tener un palo de leña que quemar, ni un jarro en que traer un poco de agua! ¡cuántas noches pasaron á obscuras, y durmiendo en aquel suelo desnudo! Y despues de haber hallado en qué trabajar, piensa sus desvelos: nuestra Reyna cosiendo, hilando y labrando; y el Santo Josef sudando en su trabajo desde la mañana á la noche. Mira lo que le cuesta al Señor de destierros, de peregrinaciones, de trabajos, sustos y miedos, hambre, sed, pobreza, afañes y sudores, y mira lo que te ha costado á tí. Piensa lo que has hecho tú por conservar al Señor en tu alma; y hallando que ántes te has desvelado por perderlo, llora tu ceguedad.

171. Considera cómo pasados tres años, ya que hablaba el Niño Dios, y la sacratísima Madre con la labor de sus manos, y con su santísima conversacion y trato humildísimo se robaba los corazones de los Egipcios: y ya por ver al Niño Jesus, que con su presencia alegraba los corazones mas afligidos y tristes, y ya por tratar á su santísima Madre, le harian algunas visitas, y lo mismo los Egipcios al señor San Josef, por lo amable y dulce de su condicion y desinterés en su trabajo; y con esta ocasion puedes pensar que tal vez

viendo el santo glorioso á su divina Esposa y al Niño Dios en tanta pobreza y necesidades, le diria, que si era servida admitiese alguna oferta de las que le hacian los amigos, para siquiera estar con la poca comodidad que estaban en Nazareth; porque el trabajo de entrambos apénas alcanzaba para el alquiler de la casa. A esto has de pensar que respondia nuestra Señora: esposo, nosotros no sabemos el dia en que el Señor nos mandará volver, y puede suceder mañana; pues para un dia ¿para qué nos habemos de prevenir? Pasemos así, que con eso estaremos mas prontos á salir cuando fuéremos mandados. De esta manera pasaron siete años. Piensa tú lo mismo, devoto de esta Reyna: desterrado estás, y por determinado tiempo: no sabes cuando serás llamado, y así no echés raices, para estar mas desasido al tiempo de la partida: pasa con pena tu destierro: no busques descanso hasta volver á tu patria.

172. Considera cómo cumplidos los siete años, apareció el ángel del Señor á San Josef, y le dijo, que con María santísima y con el Niño Dios volviere á la patria, porque ya estaban muertos los enemigos que buscaban la vida del Niño para quitársela. Piensa los dos puntos: que vuelva á la patria con María santísima y con el Niño; con esta santa compañía volverás seguro á la patria perdida: no, no caminos sin ellos. Piensa cómo el Señor no volvió hasta que murieron los enemigos de su alma. Mira que tampoco volverá á la tuya mientras en ella mandaren y vivieren los enemigos del alma, que son mundo, demonio y carne: han de morir primero los que buscan el alma del Señor para quitarla: mátalos, hazles guerra si quieres que vuelva Dios, desterrado de tu corazon: mientras estuvieren vivos, esto es, mientras vivieren en ti estos enemigos, ten por cierto que se ausentará de ti tu Dios.

173. Considera cómo nuestro Señor no quiso que su Madre santísima tuviese ni alivio ni descanso en esta vida en parte alguna. Piensa cómo la tuvo siete años suspensa en Egipto, de dia en dia, sin saber cuando habia de volver, como ya queda dicho. Piensa mas, en que á los siete años tenia nuestra Reyna muchos aficionados en Egipto, y que entónces ya por razon natural habian de ser menores las necesidades y trabajos, porque los devotos era fuerza que atendiesen al socorro de quien les habia robado los corazones, y entónces dice el Señor: ea, volved á la tierra de Israel:

volved á los trabajos de los caminos. Pues Señor, ¿no dejaréis á vuestra Madre santísima siquiera hasta que el Niño Dios sea mas robusto, y tenga mayores fuerzas para ponerse en un tan largo camino? Dejáisla estar mientras le duran las necesidades y trabajos, ¿y ahora, que ya el tiempo le prometia algun descanso, la llamas? Sí, devoto: para enseñarte á ti en la maestra de la santidad y perfeccion, que no le permite descanso á su Madre; para que tú te desengañes, que si has de ser suyo, tampoco lo has de tener en esta vida; y así toma este egeemplo, que te ponen por delante, y ámate.

174. Considera en el viage que hace nuestra Señora con su Hijo santísimo desde Egipto á Judea; y para considerar bien este misterio, has de hacer lo que dice San Buenaventura: haz cuenta, que como tu Señora estaba ausente de su patria tantos años habia, no pudiendo tú tolerar tan larga ausencia, fuiste á visitarla á Egipto, y llegaste allá, y acaso lo primero que encontraste fué el Niño Dios, que como sabia que por ver á su Madre te habias puesto en tantos caminos, y que no habias de dar tan presto con la casa, él mismo te salió fuera, y se hizo encontradizo contigo, y se te dió á conocer; y tú postrado en tierra le adoraste con la luz que el mismo Señor te dió, y abrasado en su amor le besaste con gran reverencia aquellos santísimos pies. Piensa como el Señor te da la mano con mucho amor y cariño, y te dice que has llegado á buena ocasion, porque al dia siguiente se ponen en camino; y así, que irás en su compañía. Piensa como te lleva á su casa, y te entra á la presencia de su Madre sacratísima, y tú con mucha humildad, postrado á sus plantas, la saludas con la oracion del AVE MARIA; y acabada la oracion, saludas tambien al Señor San Josef; y te le ofreces por esclavo para el camino. Dile á tu Señora, que para el alivio del camino, y para comprar un jumento que lleve al Niño Dios, te quieres vender por esclavo á los Egipcios: que estás determinado á quedarte allí, para que tu Señor y Señora no vayan con tantos trabajos como vinieron. Piensa que tu Señora te dice con mucho amor: no, hijo mio: sabe que mi santísimo Hijo vino al mundo á redimir los esclavos, y hacerlos libres; y así no creo que te has de hacer esclavo de los Egipcios. Piensa que el Niño oyendo estas razones, te dice: vuestro deseo yo le recibo y estimo; pero esclavo no quiero que lo seais de otro que de mi

Madre, ni que sirvais á los Egipcios, ni á otro que á mí Padre y á mi Madre: mis trabajos no os den cuidado, que yo los abrazo con mucho amor, porque vos y todos mis cristianos no les tengais horror, viéndome á mí abrazado con ellos desde mi nacimiento. Humíllate con esto; y descansando en la presencia de tu Reyna, dile que para tu egemplo y enseñanza te dé parte de todo lo que padeció en su destierro, y piensa que te va diciendo todo lo que queda escrito, y que en santa admiracion pasaste aquella noche hasta la mañana.

175. Considera cómo muy de mañana madrugó el Santo Josef, y dispuso el avío que tenia preparado para el viage: madruga tú y ayúdale. Luego piensa cómo vinieron los devotos y aficionados de nuestra Reyna y del Señor San Josef para despedirse. Piensa con qué lágrimas y sentimiento le hablarían á la Madre santísima y al divino Niño, y cómo cada uno le ofrecería cuanto tenia, para que nada les faltase en el camino, y cómo les pedirían licencia para irles acompañando; y que si no, gustaban se la diesen para ir á verlos á su tierra. Piensa cómo el Niño Dios con prudencia y juicio de perfecto varon les respondería, que de sus cosas no habia menester nada; porque lo que buscaba era solo almas para su Eterno Padre; que esas se las guardasen limpias y puras en la fé y conocimiento que les habia sido dado (que es de creer, que muchos, por la conversacion de nuestra divina Reyna se convirtieron al conocimiento de Dios:) que en su compañía los admitiría: por eso en otro tiempo para ir á ver á su Madre siempre tendrían abierta la puerta; y con esto les daría su bendición, y con ella muchos dones de su divina gracia. Piensa en esto, que piadosamente puedes entender que así sucedería, y que viéndote ellos en la compañía del Hijo y de la Madre, te aclamarían dichoso; y dichoso serás si perseverares en ella con fidelidad.

176. Considera ahora con San Buenaventura en este viage, en donde tienes mucho mas que pensar, que en el que hicieron cuando fueron huyendo. Considera lo primero la pena que tenia en su corazon María santísima de considerar que ya no podía llevar en sus brazos á su santísimo Hijo, por ser grande, ni tampoco el Niño Dios tenia edad para andar á pié por tan largos, ásperos y dilatados caminos, porque aun no tenia ocho años, y era sumamente delicado. Esto le affigia el alma á nuestra Reyna; y puedes piadosa-

mente pensar que le diría, que si gustaba de que admitiesen de sus amigos algun jumento para que su Magestad fuese en él. A lo cual puedes entender, que el Señor, consolando á su Madre santísima, le diría: no ignorais, Madre mia, que de mí está escrito, que en pobreza y trabajos tengo de vivir desde mi juventud ó niñez; y puesto que es esta la voluntad de mi Padre, conformémonos en todo con ella. Piensa cómo con esta respuesta se rindió el amor de la Madre santísima, y se sujetó al sentimiento y pena con profundísima humildad. Piensa cómo nuestra Reyna, aunque tambien tierna y delicada, y aunque sabia cuán grandes trabajos la esperaban, como quien los habia ya pasado; con todo se olvida de los propios, y todo su sentimiento era por los que le esperaban á su Hijo santísimo, y esto porque le amaba mas que á si misma. Piensa tú en ellos, y perdido tu amor propio, sentirás lo que debes sentir, que por ti, y no por sí, tan temprano empieza tu Señor á padecer. Compadécete de sus trabajos, y olvídate de los propios, y en esto se conocerá si le amas finamente, ó si te amas á ti mismo.

177. Considera cómo salen tus Señores: míralos bien, y verás como van condenando tu fausto, tu grandeza, tu vanidad y soberbia. Piensa cómo el santo viejo Josef sale cargado con el bastimento. Para camino tan largo y tan despoblado sin duda que cargaría cuanto pudiesen sus fuerzas, y aun mas, fiado del auxilio del altísimo Señor. Piensa cómo la Reyna soberana no iba tampoco sin carga, porque tambien en sus divinos hombros cargaría la ropa y frazada del Niño Dios, y alguna cosa comestible; y que cuanto pudiese su tierno y delicado cuerpo, sin duda que lo cargaría para alivio de su santísimo Hijo. Piensa tambien cómo el Niño Dios, viendo cargada á su Madre, sin duda que cargaría tambien su canastito con algun refrigerio. Y así cargados y humildes salen de Egipto los tres, Jesus, María y Josef. ¿En dónde estan aquí los camellos y dromedarios para andar doscientas leguas? ¿Dónde los pabellones y tiendas de campaña para dormir en aquellos desiertos? ¿Dónde las estufas y literas? ¿Dónde la repostería y prevenciones para hacer de comer? ¿Dónde los quitasoles, las mascarillas, los encerados y capas de agua? ¿Dónde los gentiles hombres, los criados, y la grandeza? ¡O Rey Eterno, Señor de los cielos y de la tierra! A pié vais, Dios mio, á las inclemencias de los tiempos, acompañado de penurias, de duros tra-